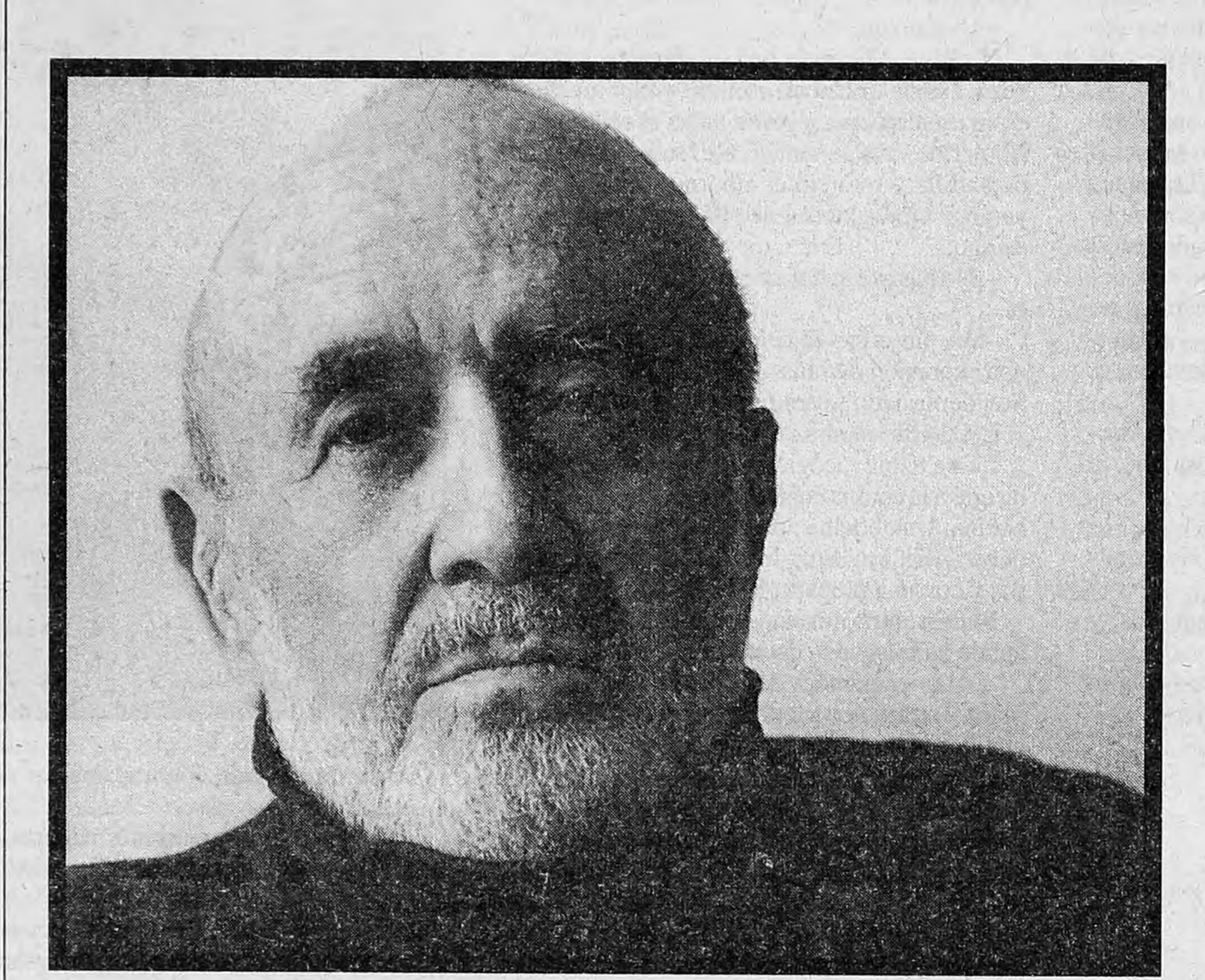


Harold Brodkey

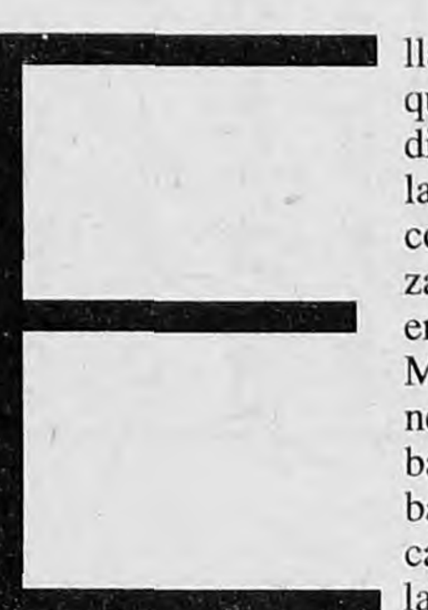
El 23 de junio de 1993, Harold Brodkey publicó un breve ensayo titulado "A mis lectores" en *The New Yorker*, revista de la que era un colaborador habitual. El ensayo comenzaba con una oración sencilla, algo no muy frecuente en Brodkey, cuyas frases suelen prolongarse como las de la última época de Henry James: *I have AIDS*, "Tengo Sida".

Brodkey murió el 26 de enero del año pasado, de las típicas complicaciones de la enfermedad, pero entre 1993 y su muerte llevó un diario, que ha sido publicado por Holt bajo el título *This Wild Darkness: The Story of My Death (Esta terrible oscuridad: la historia de mi muerte)*. Siempre polémico, el escritor, que estaba casado, sostuvo contra toda opinión médica que había contraído el sida "en encuentros homosexuales durante los años 60". La improbable hipótesis importa menos que sus esfuerzos por comprender "... esta terrible oscuridad, que no sólo es desconocida sino que uno no puede penetrar como uno mismo", o la revelación de que el padrastro de Brodkey abusaba sexualmente de él con la aquiescencia de su propia madre. "Experimenté con la homosexualidad", afirma Brodkey, "para doblegar mi orgullo, abrirme al relato". Y luego agrega, con una homofobia que no les caerá muy bien a los militantes gays, porque parece establecer un vínculo necesario entre la homosexualidad y la muerte: "Ahora moriré desfigurado y en medio de grandes dolores".

Aunque suene cruel decirlo, el sida le proporcionó a este escritor, nacido en Nueva York en 1930, una oportunidad perfecta para ejercer su peculiar talento. Brodkey era un buen cuentista, pero sobre él pesaba el fantasma o espejismo de "la gran novela americana", que intentó alcanzar con *El alma fugitiva* (1991) y *Amistad profana* (1994). El tema central de Brodkey era Brodkey, lo que resulta tolerable en las pequeñas dosis de los relatos y agotador en una novela, pero conviene a quien lleva un diario íntimo con la certeza de que le queda poco tiempo para vivir.

Por Harol

suena la flauta en


Ella se limitó a decir que la pequeña escudilla de porcelana holandesa que había comprado para utilizarla como cenicero era una ganga, pero Martin empezó a ponerse furioso. Acababa de regresar del trabajo, había caminado casi un kilómetro de la estación de tren hasta casa, y estaba acalorado y molesto.

–¡Una ganga! –dijo en voz muy alta–. ¿Cómo puede un cenicero ser una ganga? No necesitamos más ceniceros. La ganga sería haberse ahorrado ese dinero. ¡Mira que traer otro cenicero...!

Laura arrugó el entrecejo y apretó la mandíbula, pero lo que le salió fue una carcajada reprimida sólo a medias.

–Martin, por favor, deja de hablar del cenicero. Como sigas así, sólo lograrás que se abra entre nosotros un espantoso vacío –dijo ella, sintiéndose maravillosamente ingeniosa–. Un espantoso vacío –repitió, sonriendo.

Sin añadir ni una sola palabra más, Martin comenzó a subir la escalera que conducía al piso superior de su apartamento, un dúplex con jardín, en Pelham. Se fue quitando la americana mientras subía, y Laura vio que tenía partes de la camisa algo húmedas. Pero era sólo mayo y Martin opinaba que no era correcto ponerse trajes de verano hasta que llegara junio. Desde abajo, Laura le gritó:

–No tienes tiempo de ducharte. Stu llegará dentro de un cuarto de hora.

Martin soltó un gruñido, pero siguió subiendo. Unos segundos más tarde, Laura oyó el ruido de un cajón. Primero abriéndose, luego cerrándose violentamente.

Se mordió el labio inferior. Era una mujer alta, de veintisiete años, de cara sonrosada y bonita, tan saludable y con tan buen color que la gente –desconocidos que se cruzaban con ella por la calle, dependientes, maestras– solía sonreírle encantada. Muchos años atrás Laura había llegado a la conclusión de que era una persona inconscientemente cómica; esa idea animaba toda su conversación.

–¡No creas que pienso que te salen los dólares por las orejas! –gritó, sonriente, hacia lo alto de la escalera.

Oyó otro cajón abierto violentamente.

–Vaya por Dios –murmuró ella.

Se encaminó hacia la escalera, se detuvo a mitad de camino, dio media vuelta, se fue corriendo hasta la cocina, y asomó la cabeza por la ventana que daba al patio de atrás.

–¡Faith! –le gritó a su hijita de tres años, que estaba sentada en un cajón de arena, muy concentrada en sus juegos–. ¡Faith, no salgas del cajón de arena! Luego regresó corriendo a la escalera y a mitad de camino desaceleró un poco el paso. Martin, sin camisa, rebuscaba con su zarpa en el interior de un cajón del dormitorio.

–Acabo de ordenar ese cajón –dijo ella en tono quejumbroso y pese a que en realidad lo había hecho dos semanas atrás–. Hazme el favor de no revolvérmelo.

Muy ceñudo, Martin siguió rebuscando.

–Y qué quieres que le haga yo si el traje te abriga más de la cuenta –dijo Laura–. Algún día te alegrarás de tener un cenicero de porcelana holandesa.

Martin la miró, aún furioso.

–No tendrías que enfadarte tan a menudo conmigo –dijo Laura, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

–¿Lloras de verdad? –preguntó él, receloso.

–¡Oh! –exclamó Laura–. ¡Oh! ¡Eres imposible! –Y se tiró encima de la cama.

Martin se le acercó.

–¿Laura? –preguntó en tono muy delicado–. Laura, si queremos tener otro hijo la próxima primavera, debemos ahorrar un poco de dinero.

–Ese dinero era de lo que me diste para la compra de la semana.

–Si te sobraba algo, hubieses podido meterlo en una cuenta de ahorros. Da lo mismo que sea del dinero para la compra. También es dinero.

–Sólo me costó dos dólares –dijo Laura, sentándose en la cama–. Dos mezquinos y sucios dólares. Y es porcelana auténtica. ¿Te habías enterado? Te pones furioso conmigo solamente porque al volver a casa te has acalorado. Pues, muy bien, voy a decirte una cosa –dijo ella, comenzando a sonreír aun sin proponérselo–: no eres tú quien vive como un esclavo por mi culpa. Soy yo la que vive como una esclava por tu culpa.

Y le pareció que aquella frase era una ocurrencia tan disparatadamente graciosa que se puso a reír a carcajadas.

Martin se quedó mirándola:

–¿Conque sí? –dijo–. Las mujeres viven más años que los hombres.

Se fue al baño dando grandes zancadas, y abrió los dos grifos de la bañera.

Laura se puso en pie y le siguió. Apoyada en la jamba de la puerta del baño, le dijo:

–Si lo prefieres, podríamos hacer como en la India. Allí queman a las viudas cuando muere el marido. Por cierto –añadió–, tampoco debe de ser tan dura tu vida: estás engordando.

–¡Maldita sea! –aulló Martin, doblado sobre la bañera–. ¿Por qué tienes que insultarme?

Pero le temblaba la espalda. Laura vio que su marido estaba a punto de reír.

Faith gritó desde el pie de la escalera:

–Mamá, ¿por qué tengo que quedarme en el cajón de arena?

Laura estuvo pensándoselo un instante, y contestó:

–Ahora bajo.

Y se fue. Martin le tiró su albornoz a la cabeza. Laura emitió un chillido y bajó corriendo la escalera, perseguida hasta el rellano por su marido, que se detuvo allí, se asomó por la barandilla y retorció el albornoz para que cayeran sobre la cabeza de ella las últimas gotas de agua.

–¡No hagas eso delante de la niña! –dijo Laura.

–Soy un crío –dijo Martin, mirándola con una expresión extraña, entre confusa y tierna–. Soy demasiado joven para estar casado.

Luego dio media vuelta y se retiró.

Laura había recogido a su hija del suelo y se dirigió a la cocina cuando, de repente, sonó una bocina. Una bocina apergaminada, extranjera, débil. –Ahí está Stu –le gritó Laura a su marido, y corrió a preparar la cena.

Martin entró corriendo en el dormitorio y reanudó su búsqueda de una camisa.

–¡Ah! –exclamó, y del último cajón de la cómoda extrajo una vieja y desteñida camisa de algodón a listas rojas y blancas, con las mangas bastante arrugadas. Se la compró cuando estaba en el segundo curso de la universidad, precisamente el año en que compartió habitación con Stu. Stu era un chico alto, desgarbado, increíblemente sombrío, mientras que Martin era alegre, atlético y, aunque él no lo sospechara siquiera, delirantemente feliz. Martin era jugador del equipo de béisbol de su *college*, y del de baloncesto de su fraternidad; bebía un poquito más de la cuenta, pero porque lo hacía todo el mundo; se enamoraba cada otoño, hasta cierto punto al menos, y si ese noviazgo no se prolongaba hasta comienzos del verano, solía enamorarse de nuevo cuando llegaba la primavera. Stu siempre le había admirado mucho. Stu tenía ensoñaciones diurnas en las que salvaba a Martin de morir ahogado y él les enviaba un telegrama de condolencia a los padres de su amigo. Ahora Martin se situó delante del espejo, con su desteñida camisa, que le tiraba un poco de los sobacos.

El yo que estaba viendo medía un metro ochenta, tenía los hombros anchos y la cara cuadrada y amable, y contaba veintiocho años de edad.

Cuando aún no había terminado de abrocharse la camisa, se retiró del espejo. Le faltaban todavía dos botones cuando salió disparado de la casa y se plantó en la acera. Stu acababa de darle toda la vuelta a un islote de la calzada, al final del callejón sin salida, y trataba de aparcar en un diminuto hueco situado entre dos coches, a pesar de que había aparcamientos amplísimos, suficientes para meter hasta camiones, a todo lo largo de la acera.

Por la apertura del techo de su cochecito extranjero, Stu sacó la mano, formando un círculo con el pulgar y el índice, y acompañó el ademán con un silbido de desafío. Martin vio cómo Stu hacía avanzar y retroceder el coche, cómo giraba el volante a un lado y luego al otro, y cómo, finalmente, lograba aparcar al tercer intento.

–Ninguna de esas enormes bañeras norteamericanas hubiese cabido aquí –gritó Stu mientras cerraba la ventanilla del techo.

Martin terminó de abrocharse la camisa y se quedó plantado con las manos en los bolsillos, sonriendo vagamente, recordando la universidad, casi sin darse cuenta de estar haciéndolo.

Dos chicos de unos siete años se acercaron al coche y empezaron a hablar con Stu. Stu, tratando de hacerles caso omiso mientras salía del coche, logró, con no pocas dificultades, colar todo su cuerpo por entre el volante y el asiento. Se puso colorado.

–Eh, señor, ¿por qué tiene un coche tan pequeño? –preguntó uno de los chicos.

Martin dio media vuelta y entró en casa; no quería que Stu supiera que había sido testigo del episodio.

Al cabo de un minuto Stu se presentó en la puerta de la calle, aún sonrojado de irritación.

–Malditos niñatos escrofulosos –murmuró, y con enfurecimiento wagneriano subió a sonoras zancadas hacia el primer piso.

Martin salió de la cocina. Laura había dejado dos cervezas encima de la nevera.

–¿No podemos ofrecerles whisky a nuestros invitados? –preguntó en tono quejumbroso.

–Tenemos que ahorrar.

Faith estaba sentada a la mesa, comiendo espaguetis con pepino, su plato preferido.

–Tony me ha tirado arena a los ojos –le dijo a su padre.

–¡Otra vez! –exclamó Martin. Parecía tan enorme y preocupado, tan incapaz y desamparado ante el misterio de la crianza de su hija, que, de repente, Laura arqueó la espalda y sintió por él un tremendo apasionamiento. Martin se inclinó hacia ella y le dio un beso.

–¿Por qué no se te ocurre, aunque sólo sea

“Stu siempre le había admirado mucho. Stu tenía ensoñaciones diurnas en las que salvaba a Martin de morir ahogado y él les enviaba un telegrama de condolencia a los padres de su amigo.





Por Harold Brodkey

suena la flauta en el valle silvestre

Ella se limitó a decir que la pequeña escudilla de porcelana holandesa que había comprado para utilizarla como cenicero era una ganga, pero Martin empezó a ponerse furioso. Acababa de regresar del trabajo, había caminado casi un kilómetro de la estación de tren hasta casa, y estaba acalorado y molesto.

–¡Una ganga! –dijo en voz muy alta–. ¿Cómo puede un cenicero ser una ganga? No necesitamos más ceniceros. La ganga sería haberse ahorrado ese dinero. ¡Mira que traer otro cenicero...!

Laura arrugó el entrecejo y apretó la mandíbula, pero lo que le salió fue una carcajada reprimida sólo a medias.

–Martin, por favor, deja de hablar del cenicero. Como sigas así, sólo lograrás que se abra entre nosotros un espantoso vacío –dijo ella, sintiéndose maravillosamente ingeniosa–. Un espantoso vacío –repitió, sonriendo.

Sin añadir ni una sola palabra más, Martin comenzó a subir la escalera que conducía al piso superior de su apartamento, un dúplex con jardín, en Pelham. Se fue quitando la americana mientras subía, y Laura vio que tenía partes de la camisa algo húmedas. Pero era sólo mayo y Martin opinaba que no era correcto ponerse trajes de verano hasta que llegara junio. Desde abajo, Laura le gritó:

–No tienes tiempo de ducharte. Stu llegará dentro de un cuarto de hora.

Martin soltó un gruñido, pero siguió subiendo. Unos segundos más tarde, Laura oyó el ruido de un cajón. Primero abriéndose, luego cerrándose violentamente.

Se mordió el labio inferior. Era una mujer alta, de veintisiete años, de cara sonrosada y bonita, tan saludable y con tan buen color que la gente –desconocidos que se cruzaban con ella por la calle, dependientes, maestras– solía sonreírle encantada. Muchos años atrás Laura había llegado a la conclusión de que era una persona inconscientemente cómica; esa idea animaba toda su conversación.

–¡No creas que pienso que te salen los dólares por las orejas! –gritó, sonriente, hacia lo alto de la escalera.

Oyó otro cajón abierto violentamente.

–Vaya por Dios –murmuró ella.

Se encaminó hacia la escalera, se detuvo a mitad de camino, dio media vuelta, se fue corriendo hasta la cocina, y asomó la cabeza por la ventana que daba al patio de atrás.

–¡Faith! –le gritó a su hijita de tres años, que estaba sentada en un cajón de arena, muy concentrada en sus juegos–. ¡Faith, no salgas del cajón de arena! Luego regresó corriendo a la escalera y a mitad de camino desaceleró un poco el paso. Martin, sin camisa, rebuscaba con su zarpa en el interior de un cajón del dormitorio.

–Acabo de ordenar ese cajón –dijo ella en tono quejumbroso y pese a que en realidad lo había hecho dos semanas atrás–. Hazme el favor de no revolvérmelo.

Muy ceñudo, Martin siguió rebuscando.

–Y qué quieres que le haga yo si el traje te abriga más de la cuenta –dijo Laura–. Algún día te alegrarás de tener un cenicero de porcelana holandesa.

Martin la miró, aún furioso.

–No tendrías que enfadarte tan a menudo conmigo –dijo Laura, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

–¿Lloras de verdad? –preguntó él, receloso.

–¡Oh! –exclamó Laura–. ¡Oh! ¡Eres imposible! –Y se tiró encima de la cama.

Martin se le acercó.

–¿Laura? –preguntó en tono muy delicado–. Laura, si queremos tener otro hijo la próxima primavera, debemos ahorrar un poco de dinero.

–Ese dinero era de lo que me diste para la compra de la semana.

–Si te sobraba algo, hubieses podido meterlo en una cuenta de ahorros. Da lo mismo que sea del dinero para la compra. También es dinero.

–Sólo me costó dos dólares –dijo Laura, sentándose en la cama–. Dos mezquinos y sucios dólares. Y es porcelana auténtica. ¿Te habías enterado? Te pones furioso conmigo solamente porque al volver a casa te has acalorado. Pues, muy bien, voy a decirte una cosa –dijo ella, comenzando a sonreír aun sin proponérselo–: no eres tú quien vive como un esclavo por mi culpa. Soy yo la que vive como una esclava por tu culpa.

Y le pareció que aquella frase era una ocurrencia tan disparatadamente graciosa que se puso a reír a carcajadas.

Martin se quedó mirándola:

–¿Conque sí? –dijo–. Las mujeres viven más años que los hombres.

Se fue al baño dando grandes zancadas, y abrió los dos grifos de la bañera.

Laura se puso en pie y le siguió. Apoyada en la jamba de la puerta del baño, le dijo:

–Si lo prefieres, podríamos hacer como en la India. Allí queman a las viudas cuando muere el marido. Por cierto –añadió–, tampoco debe de ser tan dura tu vida: estás engordando.

–¡Maldita sea! –aulló Martin, doblado sobre la bañera–. ¿Por qué tienes que insultarme?

Pero le temblaba la espalda. Laura vio que su marido estaba a punto de reír.

Faith gritó desde el pie de la escalera:

–Mamá, ¿por qué tengo que quedarme en el cajón de arena?

Laura estuvo pensándoselo un instante, y contestó:

–Ahora bajo.

Y se fue. Martin le tiró su albornoz a la cabeza. Laura emitió un chillido y bajó corriendo la escalera, perseguida hasta el rellano por su marido, que se detuvo allí, se asomó por la barandilla y retorció el albornoz para que cayeran sobre la cabeza de ella las últimas gotas de agua.

–¡No hagas eso delante de la niña! –dijo Laura.

–Soy un crío –dijo Martin, mirándola con una expresión extraña, entre confusa y tierna–. Soy demasiado joven para estar casado.

Luego dio media vuelta y se retiró.

Laura había recogido a su hija del suelo y se dirigió a la cocina cuando, de repente, sonó una bocina. Una bocina apergaminada, extranjera, débil. –Ahí está Stu –le gritó Laura a su marido, y corrió a preparar la cena.

Martin entró corriendo en el dormitorio y reanudó su búsqueda de una camisa.

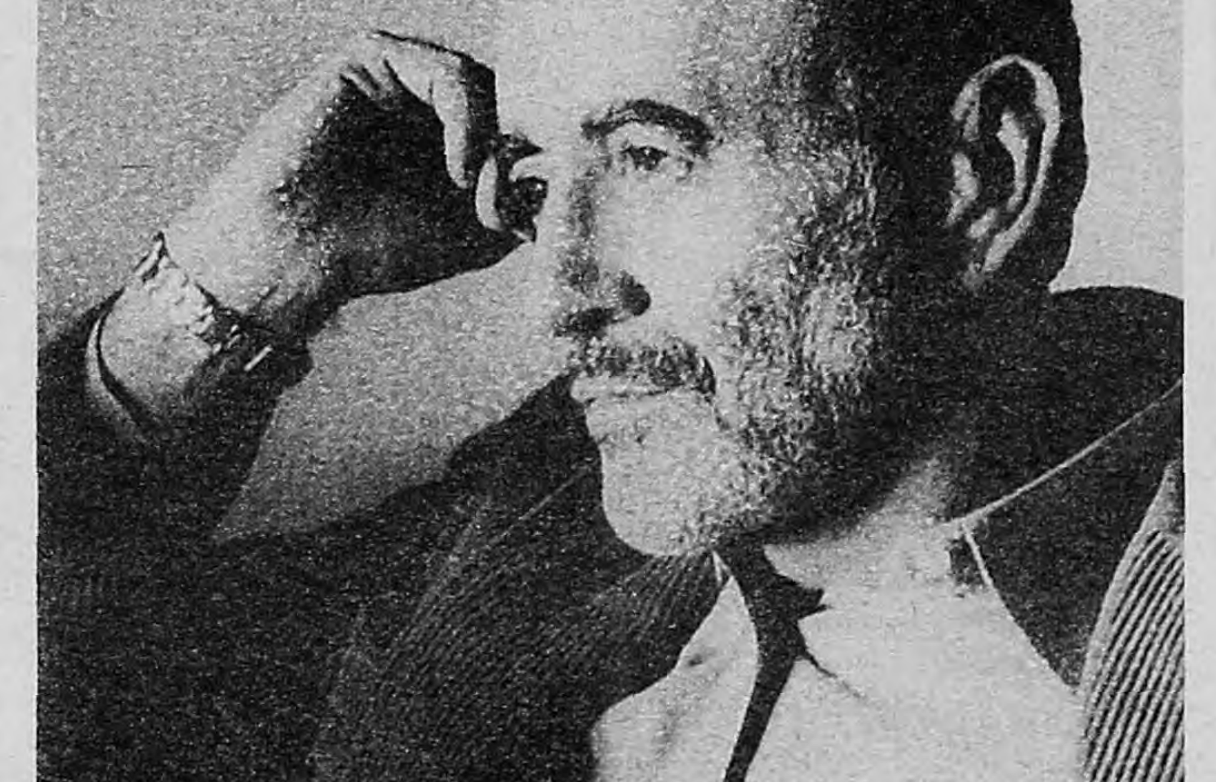
–¡Ah! –exclamó, y del último cajón de la cómoda extrajo una vieja y desteñida camisa de algodón a listas rojas y blancas, con las mangas bastante arrugadas. Se la compró cuando estaba en el segundo curso de la universidad, precisamente el año en que compartió habitación con Stu. Stu era un chico alto, desgarbado, increíblemente sombrío, mientras que Martin era alegre, atlético y, aunque él no lo sospechara siquiera, delirantemente feliz. Martin era jugador del equipo de béisbol de su *college*, y del de baloncesto de su fraternidad; bebía un poquito más de la cuenta, pero porque lo hacía todo el mundo; se enamoraba cada otoño, hasta cierto punto al menos, y si ese noviazgo no se prolongaba hasta comienzos del verano, solía enamorarse de nuevo cuando llegaba la primavera. Stu siempre le había admirado mucho. Stu tenía ensoñaciones diurnas en las que salvaba a Martin de morir ahogado y él les enviaba un telegrama de condolencia a los padres de su amigo. Ahora Martin se situó delante del espejo, con su desteñida camisa, que le tiraba un poco de los sobacos.

El yo que estaba viendo medía un metro ochenta, tenía los hombros anchos y la cara cuadrada y amable, y contaba veintiocho años de edad.

Cuando aún no había terminado de abrocharse la camisa, se retiró del espejo. Le faltaban todavía dos botones cuando salió disparado de la casa y se plantó en la acera. Stu acababa de darle toda la vuelta a un islote de la calzada, al final del callejón sin salida, y trataba de aparcar en un diminuto hueco situado entre dos coches, a pesar de que había aparcamientos amplísimos, suficientes para meter hasta camiones, a todo lo largo de la acera.

Por la apertura del techo de su cochecito extranjero, Stu sacó la mano, formando un círculo con el pulgar y el índice, y acompañó el ademán con un silbido de desafío. Martin vio cómo Stu hacía avanzar y retroceder el coche, cómo giraba el volante a un lado y luego al otro,

> **“Stu siempre le había admirado mucho. Stu tenía ensoñaciones diurnas en las que salvaba a Martin de morir ahogado y él les enviaba un telegrama de condolencia a los padres de su amigo.”**



y cómo, finalmente, lograba aparcar al tercer intento.

–Ninguna de esas enormes bañeras norteamericanas hubiese cabido aquí –gritó Stu mientras cerraba la ventanilla del techo.

Martin terminó de abrocharse la camisa y se quedó plantado con las manos en los bolsillos, sonriendo vagamente, recordando la universidad, casi sin darse cuenta de estar haciéndolo.

Dos chicos de unos siete años se acercaron al coche y empezaron a hablar con Stu. Stu, tratando de hacerles caso omiso mientras salía del coche, logró, con no pocas dificultades, colar todo su cuerpo por entre el volante y el asiento. Se puso colorado.

–Eh, señor, ¿por qué tiene un coche tan pequeño? –preguntó uno de los chicos.

Martin dio media vuelta y entró en casa; no quería que Stu supiera que había sido testigo del episodio.

Al cabo de un minuto Stu se presentó en la puerta de la calle, aún sonrojado de irritación.

–Malditos niñatos escrofulosos –murmuró, y con enfurecimiento wagneriano subió a sonoras zancadas hacia el primer piso.

Martin salió de la cocina. Laura había dejado dos cervezas encima de la nevera.

–¿No podemos ofrecerles whisky a nuestros invitados? –preguntó en tono quejumbroso.

–Tenemos que ahorrar.

Faith estaba sentada a la mesa, comiendo espaguetis con pepino, su plato preferido.

–Tony me ha tirado arena a los ojos –le dijo a su padre.

–¡Otra vez! –exclamó Martin. Parecía tan enorme y preocupado, tan incapaz y desamparado ante el misterio de la crianza de su hija, que, de repente, Laura arqueó la espalda y sintió por él un tremendo apasionamiento. Martin se inclinó hacia ella y le dio un beso.

–¿Por qué no se te ocurre, aunque sólo sea de vez en cuando, darme *un beso de verdad*? –dijo Laura, enfadada–. Lo que tú me das no son besos ni nada. Lo raro es que te sea fiel.

–¡Mejor será que no vuelvas a hablar así en tu vida! –exclamó Martin, con el rostro ensombrecido.

Laura se apretujó contra su pecho.

–¡Estás celoso! –exclamó. Luego, tratando de aplacarle, añadió–: Me alegro de que lo estés.

El corazón de Martin desaceleró su ritmo; Laura alcanzaba a oírlo a través de la vieja camisa.

–No lo estoy –dijo él–. ¿A qué huele? ¿Costillas de cordero? Fantástico.

–Son baratas –le dijo Laura–. Y probablemente encuentres la carne fibrosa.

Martin cogió las latas de cerveza y las colocó en una bandeja junto con un par de vasos y un abridor; luego salió a la sala de estar, canturreando:

–Pobreza, pobreza, pobreza.

Stu estaba bajando la escalera. Llevaba la americana colgada del brazo, y había empezado a aflojarse el nudo de la corbata.

–Como me tomes el pelo por lo del coche –le dijo amargado a Martin–, te mato.

–¡Dios mío! –exclamó Martin–. Qué furioso está todo el mundo. ¿Por qué? ¿Qué te pasa?

–No lo sé –dijo Stu–. Debe de ser mi ego.

Parecía hasta un poco avergonzado de su propio comportamiento. Tiró la americana y la corbata a una silla, y después miró a Martin con expresión interrogadora. Le preguntaba si a Laura le molestaría ver la americana en la silla. Martin se encogió de hombros. Stu se encogió también de hombros, y ambos se sentaron. Stu lo hizo en una pequeña butaca moderna, con los brazos de madera.

–Aquí, en este mismo momento –gruñó–, debajo de mí, se encuentra la butaca más incómoda del mundo.

–Era muy barata –dijo Martin–. ¿Cómo te va el trabajo?

–Hoy ha sido infernal –dijo Stu–. La secretaria de mi jefe es un vampiro. Me odia.

–Ya, ya –murmuró Martin, sintiéndose casi paternal–. Las secretarias suelen ser demoníacas. La de mi jefe trabaja mucho con los ojos. Y encima habla con un acento de imitación, como si acabara de escapar de una *daisy chain**.

–¿De cuál? –preguntó Stu.

–Creo que de la de Vassar –dijo Martin–. ¡Eh, Laura! –gritó–. ¿En qué *colleges* hacen lo de la *daisy chain*?

–¿La *daisy chain*? –dijo una voz absolutamente incrédula–. Ah, la *daisy chain*... Me parece que en Bryn Mawr.

Stu bajó la voz.

–Mi secretaria no está mal. Es joven –dijo en tono despectivo–. Y simpática.

–¿Guapa? –preguntó Martin, bajando inconscientemente la voz.

–Psché-psché –dijo Stu–. Pero tiene buen tipo. Muy buen tipo.

Laura se presentó en el umbral.

–No os oigo. Hablad en voz un poco más alta.

Stu se sonrojó y murmuró algo acerca de la bomba de hidrógeno.

–Sí –dijo Martin–. Menudo petardo. ¿Viste las fotos que publicó la prensa?

Laura se esfumó en la cocina. –Sí –dijo Stu–. Un bombazo.

Martin estaba tan repantigado en su butaca que casi se había tendido horizontalmente sobre ella. Sostenía el vaso de cerveza en equilibrio sobre su cinturón.

–Estamos bien arreglados –dijo sombríamente–, con esa pandilla de locos en el Pentágono.

–Cierto, cierto –dijo Stu–. Pero está en juego nuestra Honra Nacional. Dentro de unos cuantos meses estaremos todos medio podridos de tanta radiactividad. Habrá niños de dos cabezas...

–¡Eh! –gritó Laura–. ¡Como no habléis más alto, me iré con vosotros y dejaré que se quemen las costillas!

–Habla más alto, papá –repitió Faith como un eco.

–Cambiemos de tema –susurró Martin.

–Claro –dijo Stu, haciendo un gesto de asentimiento con la cabeza.

–Oye una cosa –dijo Martin–, si tanto te enfurece ese coche, ¿por qué no lo vendes?

–Imposible –dijo Stu–. Me salió tan baratísimo que no puedo. Fue una ganga.

De repente les llegó desde la cocina una ristra absolutamente enloquecida de carcajadas. También Martin se puso a reír.

–¿Qué pasa? –preguntó Stu.

–Déjalo –dijo Martin–. Si te lo explicásemos, dirías que no le ves la gracia.

–¿Sabéis a quién vi el otro día en Best's? –preguntó Laura desde la cocina–. A Mary Lou Glover. Era alumna de Smith. ¿Os acordáis de Mary Lou?

–¿Sabes lo que querría saber? –dijo Stu–. Querría saber de dónde vienen tantos gilipollas. Como mínimo, tú tienes una familia, un hogar al que regresas cuando terminas de trabajar. Oye –prosiguió, repentinamente animado–, vamos a hablar con tu hija...

Faith estaba sacándole brillo a un plato de budín. Alzó la vista y miró sombríamente a Stu.

–Hola, Stu –le dijo.

–Tío Stu –la corrigió su madre.

Stu se acercó la palma entrecerrada de una mano a los labios, y la otra a la oreja.

–*Rrrring* –dijo–. *Rrrrrring*. Está sonando el teléfono de tu casa.

–Mamá, me llama tío Stu por teléfono –dijo Faith, en éxtasis.

–¡Oiga! –dijo Stu–. ¿Estás ahí?

–¿Diga? –dijo Faith arrobada–. Estoy aquí.

Estaban sentados a la mesa del comedor. Eran las ocho, y a Faith le entraba ya el sueño. Sobre la mesa había un par de velas encendidas, y sus llamas ondeaban debido a la brisa que se colaba por las ventanas abiertas. La luz de las velas hacía que Faith y Laura pareciesen completamente iguales.

–Caramba, qué buena cena –dijo Stu–. No sabes lo que disfruto viniendo a veros. Me he pasado toda la semana nerviosísimo.

–Las costillas estaban un poco duras –comentó Laura–. Pero me ha parecido que tenían buen sabor. –Se llevó la punta de los dedos a la boca–. Ay, me parece que no era a mí a quien le correspondía decir esto.

–Desde luego que sí –dijo Stu apresuradamente. Tuvo la sensación de que ella estaba muy avergonzada por lo que había dicho, y la miró con expresión preocupada–. Eres una magnífica cocinera.

Laura sonrió. Luego soltó un gemidillo.

–Faith –le dijo a su hija–, ya se te marcan las ojeras. Me parece que tendrías que empezar a irte a la cama.

Faith hizo un puchero de enfado.

–No quiero. –Sus ojos vidriosos reflejaban los placeres de aquella velada tan larga. Luego se inclinó hacia adelante y enlazó el cuello de su madre con sus brazos.

–No quiero, mamá.

–Ya es hora de acostarse –dijo Laura.

–Da igual –dijo Martin–. Déjala que se quede un ratito más. No soportaría verla llorar ahora.

Un repentino silencio cayó sobre todos ellos. Las velas temblequearon. Stu suspiró.

–Pronto habrá luciérnagas –dijo Laura–. En cuanto salen, siempre tengo la sensación de que ha empezado el verano.

–Mételas en un tarro –murmuró Stu–. Faith podría cazarlas por ti.

–¿Qué tarro? –dijo Faith. Una manita muy pequeña frotó su ojo.

–Yo coleccionaba escarabajos –dijo Martin–. No sé si va a florecer el rosal que hemos plantado.

Faith bostezó. El instante pareció dilatarse por entre ellos cuatro, detenerse, hacer presa de todos.

–Tengo que llevarla a la cama. Dentro de un segundo estará tan cansada que empezará a irritarse por nada. –Laura enderezó la espalda, apoyó las manos en el borde de la mesa, y parpadeó–. Tengo que dejar que se acumule una buena ración de fuerza maternal –dijo–. Bien, *alejop*. Es la hora de acostarse, cariño.

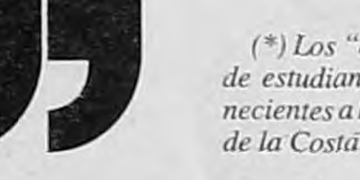
Y se puso en pie, alzando simultáneamente en brazos a su hija. Faith intentó llorar, pero estaba demasiado dormida, y en lugar de llanto sólo emitió un débil balbuceo. Se le cayó la cabeza sobre el hombro de su madre. Laura se la llevó arriba.

Los dos hombres se miraron el uno al otro, casi con timidez.

–Tengo un poco de whisky –dijo Martin–. Lo guardaba para esta ocasión.

Se fue a la cocina y regresó con dos vasos, una cubitera llena de hielo, y la botella de scotch. Stu y él se fueron al sofá y se prepararon sus respectivas copas. Al cabo de un rato Laura bajó de puntillas la escalera. Despejó la mesa sin mirar a los hombres, se llevó los platos y, sin tomarse la molestia de encender la luz de la cocina, los dejó amontonados en el fregadero. Luego se quedó un momento junto a la ventana que daba al patio de atrás, mirando la oscuridad. Casi alcanzaba a ver las luciérnagas brillando entre las abundantes hojas. Sí, Faith cazaría luciérnagas y diría: "¡Mira, mamá! ¡Mira!". Seguía llegándole el canturreo de la voz de Stu. Faltaba poco para que se fuese, pues tenía que regresar al centro de la ciudad. Laura decidió que, al despedirse, le daría un beso a Stu. Se sentía muy emocionada; las emociones habían estado persiguiéndola obsesivamente durante todo el día. Se asomó de nuevo a la oscuridad, tratando de distraerse. Luego se volvería hacia Martin y diría... Pero permaneció allí, comprendió que no deseaba decir nada. Sólo que aquel día siguiera prolongándose, más y más, indefinidamente, con todas sus alegrías intactas, sin que nadie cambiara, sin que ocurriese nada nuevo, simplemente las mismas cosas una y otra y otra vez. Porque, ¿cómo asegurarse de que la felicidad regresaría? O, en caso de que regresara, ¿cómo estar seguro de que sería tan maravillosa como ésta? Laura suspiró y se secó subrepticiamente los ojos. Lo malo de ser feliz es que hace que te entre el miedo.

> **“Pero permaneció allí, comprendió que no deseaba decir nada. Sólo que aquel día siguiera prolongándose, más y más, indefinidamente, con todas sus alegrías intactas, sin que nadie cambiara, sin que ocurriese nada nuevo, simplemente las mismas cosas una y otra y otra vez.**

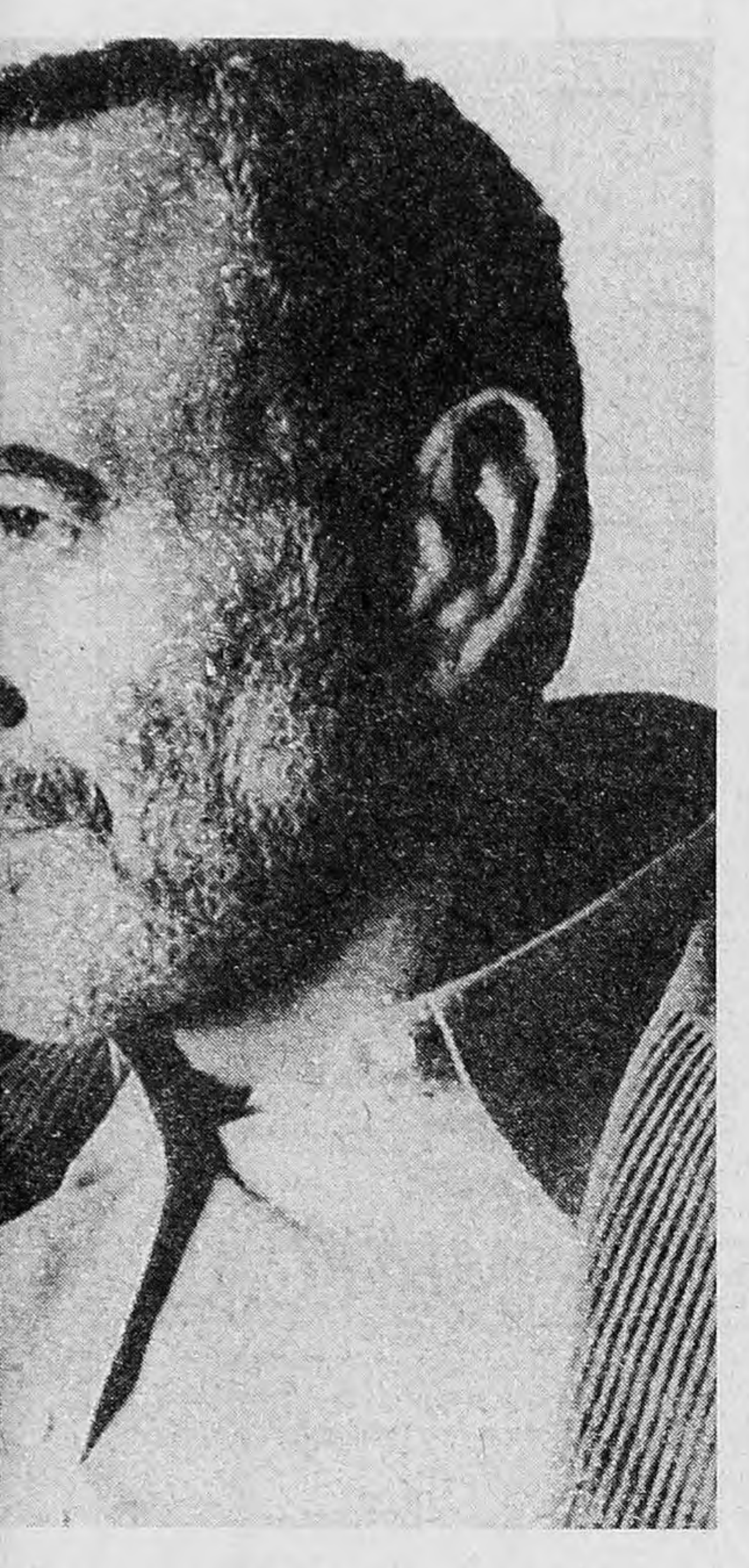


(*) Los "daisy chains" son clubes de estudiantes universitarias pertenecientes a los colleges más antiguos de la Costa Este. (N. del T.)

Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Primer amor y otros pesares*, por Harold Brodkey. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Anagrama.

Brodkey

el valle silvestre



de vez en cuando, darme *un beso de verdad*? –dijo Laura, enfadada–. Lo que tú me das no son besos ni nada. Lo raro es que te sea fiel.

–¡Mejor será que no vuelvas a hablar así en tu vida! –exclamó Martin, con el rostro ensombrecido.

Laura se apretujó contra su pecho.

–¡Estás celoso! –exclamó. Luego, tratando de aplacarle, añadió–: Me alegro de que lo estés.

El corazón de Martin desaceleró su ritmo; Laura alcanzaba a oírlo a través de la vieja camisa.

–No lo estoy –dijo él–. ¿A qué huele? ¿Costillas de cordero? Fantástico.

–Son baratas –le dijo Laura–. Y probablemente encuentres la carne fibrosa.

Martin cogió las latas de cerveza y las colocó en una bandeja junto con un par de vasos y un abridor; luego salió a la sala de estar, canturreando:

–Pobreza, pobreza, pobreza.

Stu estaba bajando la escalera. Llevaba la americana colgada del brazo, y había empezado a aflojarse el nudo de la corbata.

–Como me tomes el pelo por lo del coche –le dijo amargado a Martin–, te mato.

–¡Dios mío! –exclamó Martin–. Qué furioso está todo el mundo. ¿Por qué? ¿Qué te pasa?

–No lo sé –dijo Stu–. Debe de ser mi ego.

Parecía hasta un poco avergonzado de su propio comportamiento. Tiró la americana y la corbata a una silla, y después miró a Martin con expresión interrogadora. Le preguntaba si a Laura le molestaría ver la americana en la silla. Martin se encogió de hombros. Stu se encogió también de hombros, y ambos se sentaron. Stu lo hizo en una pequeña butaca moderna, con los brazos de madera.

–Aquí, en este mismo momento –gruñó–, debajo de mí, se encuentra la butaca más incómoda del mundo.

–Era muy barata –dijo Martin–. ¿Cómo te va el trabajo?

–Hoy ha sido infernal –dijo Stu–. La secretaria de mi jefe es un vampiro. Me odia.

–Ya, ya –murmuró Martin, sintiéndose casi paternal–. Las secretarias suelen ser demoníacas. La de mi jefe trabaja mucho con los ojos. Y encima habla con un acento de imitación, como si acabara de escapar de una *daisy chain**.

–¿De cuál? –preguntó Stu.

–Creo que de la de Vassar –dijo Martin–. ¡Eh, Laura! –gritó–. ¿En qué *colleges* hacen lo de la *daisy chain*?

–¿La *daisy chain*? –dijo una voz absolutamente incrédula–. Ah, la *daisy chain*... Me parece que en Bryn Mawr.

Stu bajó la voz.

–Mi secretaria no está mal. Es joven –dijo en tono despectivo–. Y simpática.

–¿Guapa? –preguntó Martin, bajando inconscientemente la voz.

–Psché-psché –dijo Stu–. Pero tiene buen tipo. Muy buen tipo.

Laura se presentó en el umbral.

–No os oigo. Hablad en voz un poco más alta.

Stu se sonrojó y murmuró algo acerca de la bomba de hidrógeno.

–Sí –dijo Martin–. Menudo petardo. ¿Viste las fotos que publicó la prensa?

Laura se esfumó en la cocina. –Sí –dijo Stu–. Un bombazo.

Martin estaba tan repantigado en su butaca que casi se había tendido horizontalmente sobre ella. Sostenía el vaso de cerveza en equilibrio sobre su cinturón.

–Estamos bien arreglados –dijo sombríamente–, con esa pandilla de locos en el Pentágono.

–Cierto, cierto –dijo Stu–. Pero está en juego nuestra Honra Nacional. Dentro de unos cuantos meses estaremos todos medio podridos de tanta radiactividad. Habrá niños de dos cabezas...

–¡Eh! –gritó Laura–. ¡Como no habléis más alto, me iré con vosotros y dejaré que se quemen las costillas!

–Habla más alto, papá –repitió Faith como un eco.

–Cambiemos de tema –susurró Martin.

–Claro –dijo Stu, haciendo un gesto de asentimiento con la cabeza.

–Oye una cosa –dijo Martin–, si tanto te enfurece ese coche, ¿por qué no lo vendes?

–Imposible –dijo Stu–. Me salió tan baratísimo que no puedo. Fue una ganga.

De repente les llegó desde la cocina una ristra absolutamente enloquecida de carcajadas. También Martin se puso a reír.

–¿Qué pasa? –preguntó Stu.

–Déjalo –dijo Martin–. Si te lo explicásemos, dirías que no le ves la gracia.

–¿Sabéis a quién vi el otro día en Best's? –preguntó Laura desde la cocina–. A Mary Lou Glover. Era alumna de Smith. ¿Os acordáis de Mary Lou?

–¿Sabes lo que querría saber? –dijo Stu–. Querría saber de dónde vienen tantos gilipollas. Como mínimo, tú tienes una familia, un hogar al que regresas cuando terminas de trabajar. Oye –prosiguió, repentinamente animado–, vamos a hablar con tu hija...

Faith estaba sacándole brillo a un plato de budín. Alzó la vista y miró sombríamente a Stu.

–Hola, Stu –le dijo.

–Tío Stu –la corrigió su madre.

Stu se acercó la palma entrecerrada de una mano a los labios, y la otra a la oreja.

–*Rrrring* –dijo–. *Rrrrrring*. Está sonando el teléfono de tu casa.

–Mamá, me llama tío Stu por teléfono –dijo Faith, en éxtasis.

–¡Oiga! –dijo Stu–. ¿Estás ahí?

–¿Diga? –dijo Faith arrobada–. Estoy aquí.

Estaban sentados a la mesa del comedor. Eran las ocho, y a Faith le entraba ya el sueño. Sobre la mesa había un par de velas encendidas, y sus llamas ondeaban debido a la brisa que se colaba por las ventanas abiertas. La luz de las velas hacía que Faith y Laura pareciesen completamente iguales.

–Caramba, qué buena cena –dijo Stu–. No sabes lo que disfruto viniendo a veros. Me he pasado toda la semana nerviosísimo.

–Las costillas estaban un poco duras –comentó Laura–. Pero me ha parecido que tenían buen sabor. –Se llevó la punta de los dedos a la boca–. Ay, me parece que no era a mí a quien le correspondía decir esto.

–Desde luego que sí –dijo Stu apresuradamente. Tuvo la sensación de que ella estaba muy avergonzada por lo que había dicho, y la miró con expresión preocupada–. Eres una magnífica cocinera.

Laura sonrió. Luego soltó un gemidillo.

–Faith –le dijo a su hija–, ya se te marcan las ojeras. Me parece que tendrías que empezar a irte a la cama.

Faith hizo un puchero de enfado.

–No quiero. –Sus ojos vidriosos reflejaban los placeres de aquella velada tan larga. Luego se inclinó hacia adelante y enlazó el cuello de su madre con sus brazos.

–No quiero, mamá.

–Ya es hora de acostarse –dijo Laura.

–Da igual –dijo Martin–. Déjala que se quede un ratito más. No soportaría verla llorar ahora.

Un repentino silencio cayó sobre todos ellos. Las velas temblequearon. Stu suspiró.

–Pronto habrá luciérnagas –dijo Laura–. En cuanto salen, siempre tengo la sensación de que ha empezado el verano.

–Mételas en un tarro –murmuró Stu–. Faith podría cazarlas por ti.

–¿Qué tarro? –dijo Faith. Una manita muy pequeña frotó su ojo.

–Yo coleccionaba escarabajos –dijo Martin–. No sé si va a florecer el rosal que hemos plantado.

Faith bostezó. El instante pareció dilatarse por entre ellos cuatro, detenerse, hacer presa de todos.

–Tengo que llevarla a la cama. Dentro de un segundo estará tan cansada que empezará a irritarse por nada. –Laura enderezó la espalda, apoyó las manos en el borde de la mesa, y parpadeó–. Tengo que dejar que se acumule una buena ración de fuerza maternal –dijo–. Bien, *alejop*. Es la hora de acostarse, cariño.

Y se puso en pie, alzando simultáneamente en brazos a su hija. Faith intentó llorar, pero estaba demasiado dormida, y en lugar de llanto sólo emitió un débil balbuceo. Se le cayó la cabeza sobre el hombro de su madre. Laura se la llevó arriba.

Los dos hombres se miraron el uno al otro, casi con timidez.

–Tengo un poco de whisky –dijo Martin–. Lo guardaba para esta ocasión.

Se fue a la cocina y regresó con dos vasos, una cubitera llena de hielo, y la botella de scotch. Stu y él se fueron al sofá y se prepararon sus respectivas copas. Al cabo de un rato Laura bajó de puntillas la escalera. Despejó la mesa sin mirar a los hombres, se llevó los platos y, sin tomarse la molestia de encender la luz de la cocina, los dejó amontonados en el fregadero. Luego se quedó un momento junto a la ventana que daba al patio de atrás, mirando la oscuridad. Casi alcanzaba a ver las luciérnagas brillando entre las abundantes hojas. Sí, Faith cazaría luciérnagas y diría: "¡Mira, mamá! ¡Mira!". Seguía llegándole el canturreo de la voz de Stu. Faltaba poco para que se fuese, pues tenía que regresar al centro de la ciudad. Laura decidió que, al despedirse, le daría un beso a Stu. Se sentía muy emocionada; las emociones habían estado persiguiéndola obsesivamente durante todo el día. Se asomó de nuevo a la oscuridad, tratando de distraerse. Luego se volvería hacia Martin y diría... Pero permaneció allí, comprendió que no deseaba decir nada. Sólo que aquel día siguiera prolongándose, más y más, indefinidamente, con todas sus alegrías intactas, sin que nadie cambiara, sin que ocurriese nada nuevo, simplemente las mismas cosas una y otra y otra vez. Porque, ¿cómo asegurarse de que la felicidad regresaría? O, en caso de que regresara, ¿cómo estar seguro de que sería tan maravillosa como ésta? Laura suspiró y se secó subrepticiamente los ojos. Lo malo de ser feliz es que hace que te entre el miedo.



Pero permaneció allí, comprendió que no deseaba decir nada. Sólo que aquel día siguiera prolongándose, más y más, indefinidamente, con todas sus alegrías intactas, sin que nadie cambiara, sin que ocurriese nada nuevo, simplemente las mismas cosas una y otra y otra vez.



(*) Los "daisy chains" son clubes de estudiantes universitarias pertenecientes a los colleges más antiguos de la Costa Este. (N. del T.)





NUMERO OCULTO

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

A

	B	R
	4	0
4 2 9 5	1	1
7 1 0 8	1	1
8 1 5 7	0	3
6 9 8 5	1	0

B

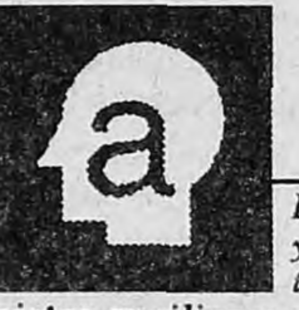
	B	R
	4	0
3 7 2 1	2	1
9 3 4 6	1	0
6 2 4 5	0	2
9 0 1 5	0	2

C

	B	R
	4	0
1 0 9 6	0	0
4 5 3 7	2	0
4 7 9 2	0	2
3 1 8 2	1	1

D

	B	R
	4	0
6 0 4 1	2	1
8 7 3 1	0	1
9 5 1 6	1	2
4 9 1 6	1	2



CRUCIGRAMA CON PISTAS

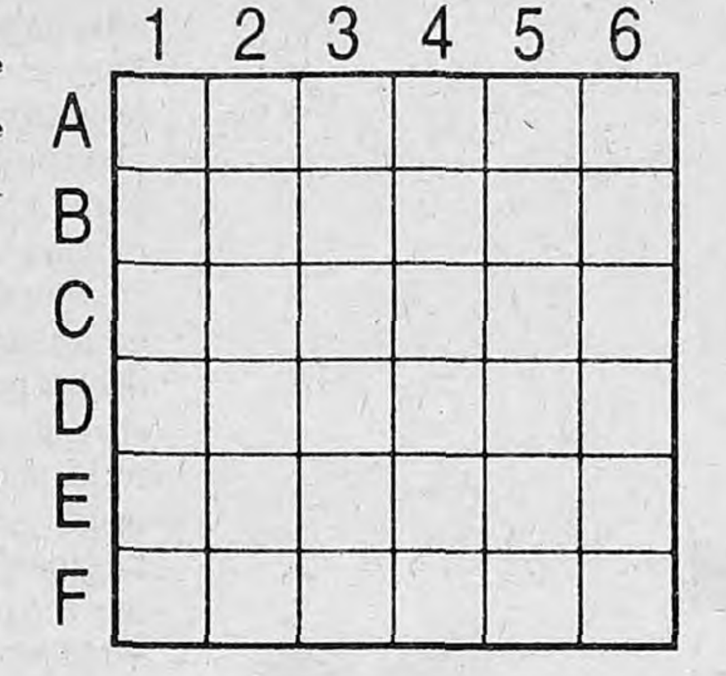
*En este crucigrama no se dan definiciones, sino pistas: **generales, horizontales** y **verticales**. Además, se incluye un cuadro con todas las letras que intervienen. De todos modos, si con la ayuda de estas pistas no logra resolverlo, puede recurrir a las **pistas auxiliares** que aparecen invertidas al pie de página.*

PISTAS GENERALES

- Hay un cuadrito negro y son diez palabras de seis letras, una de cinco y una de cuatro.
- Con las letras de las esquinas no se puede formar ninguna palabra.
- Consonantes y vocales no están rigurosamente alternadas.

PISTAS HORIZONTALES

A. Aquí está el cuadrito negro.
B. Un verbo en infinitivo que incluye la U.
C. En esta palabra femenina y esdrújula no hay E ni O.
D. En este verbo en imperativo está la única V.
E. Aquí hay cuatro vocales y dos consonantes.
F. Aquí se repiten la O y la R.

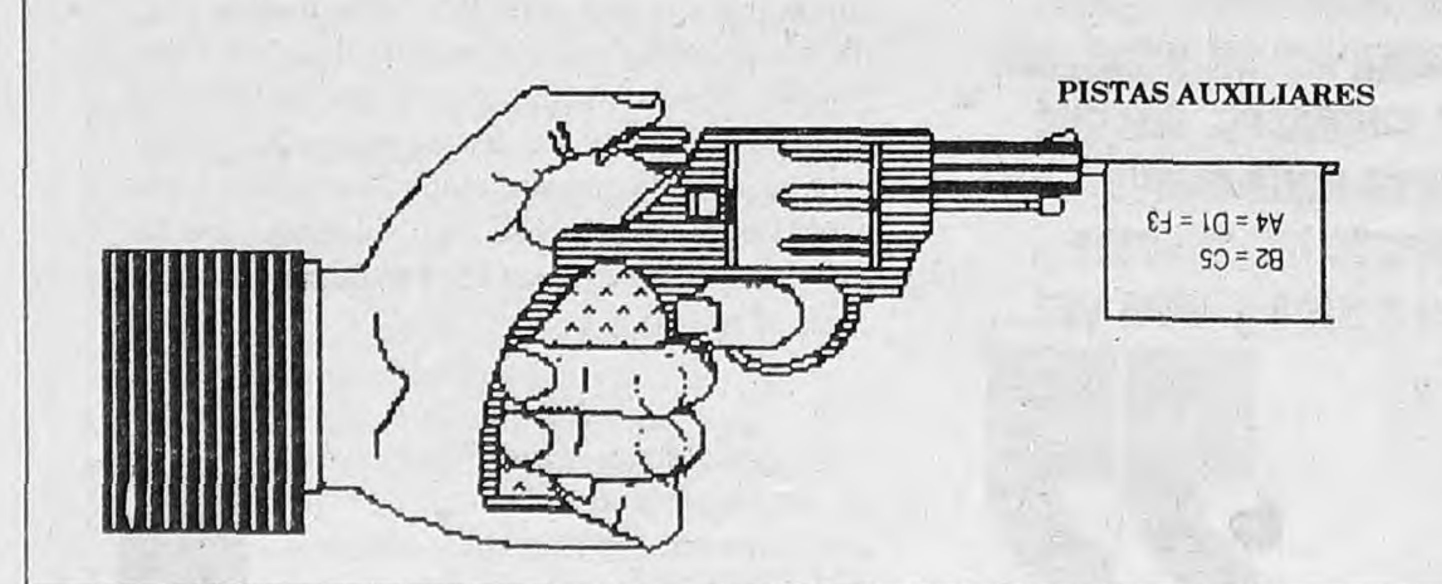


PISTAS VERTICALES

1. Es un verbo en infinitivo que incluye la única B.
2. Es un anagrama de AVION.
3. En este verbo conjugado no hay A y no se repiten letras.
4. Es un verbo en imperativo sin O ni R.
5. Aquí hay una D, una N y una S, pero no en ese orden.
6. Aquí no figuran la E, la I ni la S.

A	A	A	A	A	A	A	B	D
D	D	D	E	E	E	I	I	I
L	M	N	N	O	O	O	O	R
R	R	R	S	S	T	U	V	

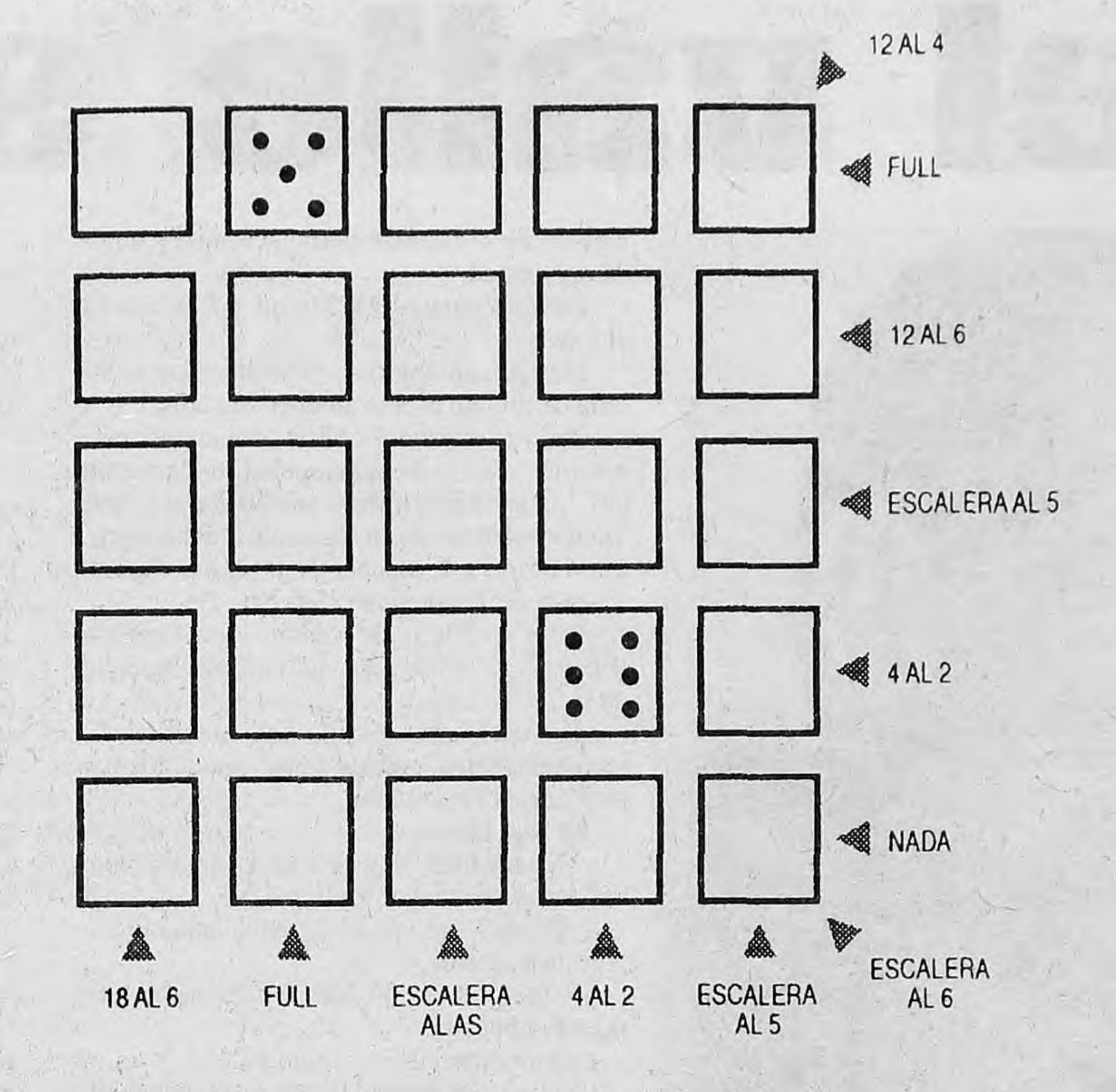
PISTAS AUXILIARES





CUBILETE

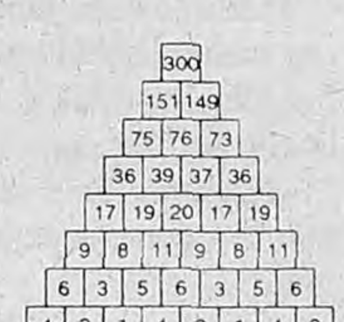
En este cuadro hay 25 dados, a los cuales, en su mayoría, les faltan los puntos. Usted sabrá proveerlos a partir de las combinaciones que se indican en cada fila, columna o diagonal, más las pistas dadas. Los juegos son: REPOKER: 5 dados iguales; POKER: 4 iguales y uno distinto; FULL: 3 de un valor y 2 de otro; ESCALERAS: "al cinco" (1, 2, 3, 4, 5), "al seis" (2, 3, 4, 5, 6) y "al as" (3, 4, 5, 6, 1). En los demás casos se indica el dado que más se repite y su suma. Por ejemplo: (5, 1, 3, 1, 2) es "Dos al as", y (2, 4, 5, 2, 5) es "Cuatro al dos", porque habiendo dos pares se anuncia el más bajo. Los juegos pueden aparecer desordenados y no hay límite para la repetición de los valores.

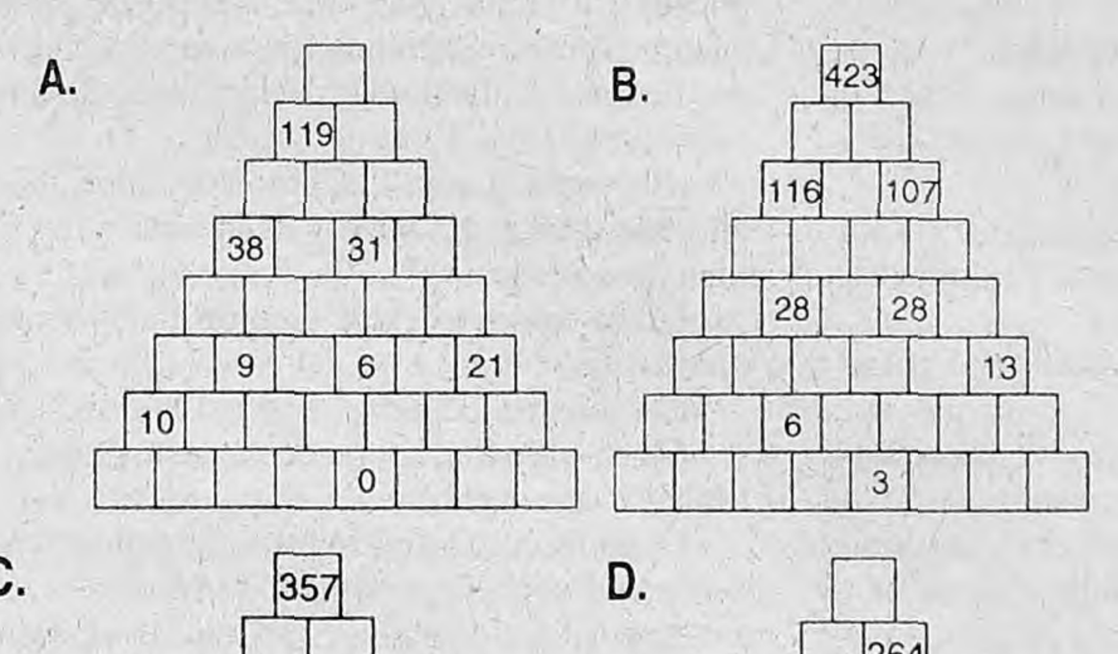


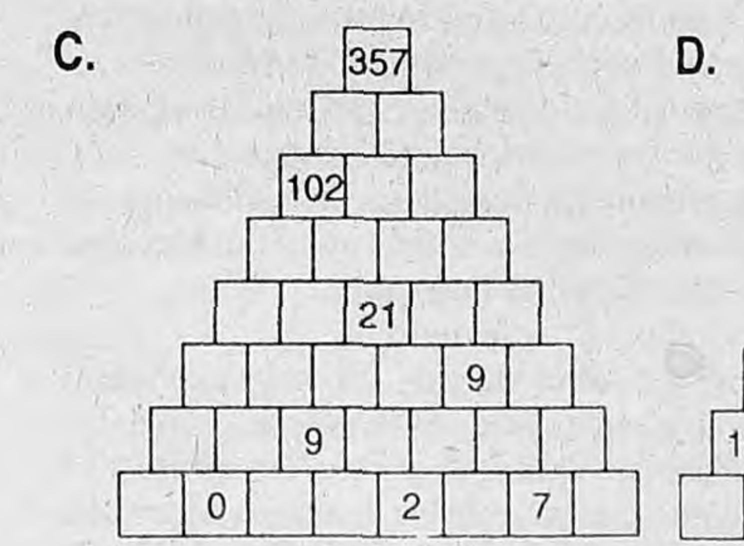


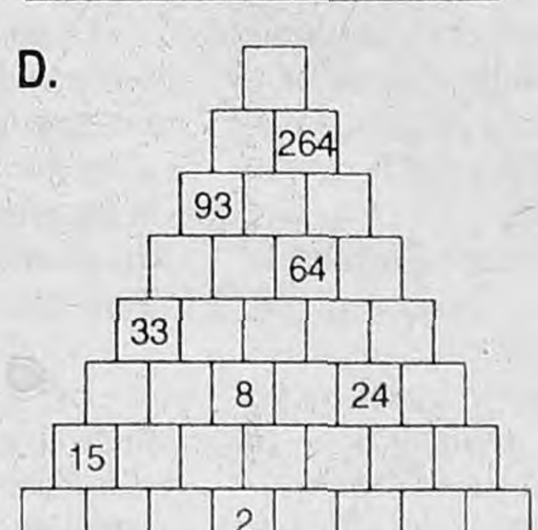
PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga las sumas de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados; y como ejemplo, una pirámide ya resuelta.











NUMERO OCULTO

A. 2893.
B. 8615.
C. 5482.
D. 3802.

CUBILETE

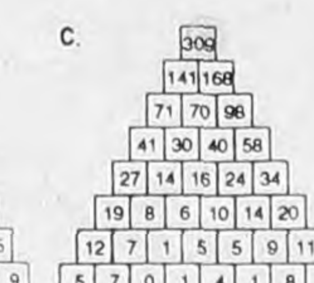
6	6	3	4	3
4	6	1	5	2
5	6	4	5	5
4	2	6	4	1
1	3	2	5	4

CRUCIGRAMA

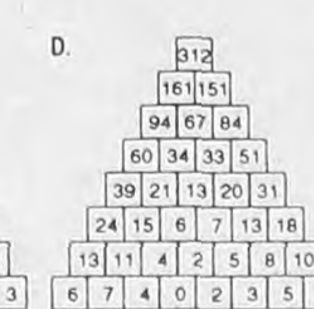
P	L	A	G	A	S
R	E	V	I	S	O
E	V	I	T	A	N
S	I	S	A	R	A
A	T	A	N	O	R
S	A	R	A	S	A

PIRAMIDES NUMERICAS

A.



B.



C.

309
141 168
71 70 98
41 30 40 58
27 14 16 24 34
19 8 6 10 14 20
12 7 1 5 5 9 11
5 7 0 1 4 1 8 3

D.

312
161 151
94 67 84
60 34 33 51
39 21 13 20 31
24 15 6 7 13 18
13 11 4 2 5 8 10
6 7 4 0 2 3 5 5